

Napoleón visitando a los apestados de Jaffa (Antoine Gros, 1804)

Prof Dr Alfredo E Buzzi (H)

Profesor Adjunto de Diagnóstico por Imágenes (UBA), Director Médico de Diagnóstico Médico SA.

La Revolución Francesa de 1789 marcó un hito en la historia de la humanidad: señala el fin de la Edad Moderna y el inicio de la Edad Contemporánea. Luego de cinco años convulsivos, la Revolución hacía un giro. La muerte de Maximilien Robespierre (1758-1894) en la guillotina el 27 de julio de 1794 marcó el fin del Terror: los girondinos recuperaron el poder, las asociaciones jacobinas fueron cerradas, las leyes del Terror fueron derogadas, la religión volvió a ser permitida y se restableció la libertad de prensa. Se creó el Directorio, el cual duró cinco años (1795-1799).

En el plano internacional, la Revolución Francesa amenazaba expandirse por el resto de Europa, y las temerosas monarquías se unieron en su contra. España se retiró de la lucha, firmando la paz con los franceses. Pero quedaron como adversarios irreductibles Austria, Gran Bretaña y, en Italia, el Reino de Saboya y el Reino de Nápoles. El Directorio decidió enviar dos ejércitos sobre Viena, mientras un pequeño ejército al mando del joven general Napoleón Bonaparte (que entonces tenía 27 años) debía entretener a los italianos. El éxito de Napoleón fue total.

Napoleón Bonaparte (1769-1821) estaba dotado de una inteligencia extraordinaria, de una memoria prodigiosa y de una voluntad férrea. Era tremendamente ambicioso, astuto y afortunado. Su epopeya le impuso su nombre a todo un período de la historia europea: la era napoleónica.

Luego de derrotar repetidas veces a los austríacos, hizo aceptar al Directorio el audaz proyecto de una expedición a Egipto, para cortar una de las principales vías comerciales entre Gran Bretaña y la India. Napoleón partió con su Ejército de Oriente el 17 de mayo de 1798 del puerto de Tolón.

El aspecto más inusual de dicha expedición es la inclusión de un buen número de científicos (la *Commission des Sciences et des Arts*), lo cual, según algunos, reflejaba la devoción de Bonaparte por los principios e ideas del entonces período de Ilustración. La situación propició el desarrollo de importantes estudios sobre el Antiguo Egipto entre los que se destaca el descubrimiento de la Piedra de Rosetta, que hasta el día de hoy se encuentra en el Museo Británico, en Londres.

La temeraria empresa fue al principio coronada

con el éxito contra los Mamelucos (señores de Egipto y vasallos de Turquía) en la decisiva Batalla de las Pirámides (el 21 de julio de 1798), donde los franceses, con un ejército de 25.000 hombres, enfrentaron a 100.000 del enemigo.

Pero luego se topó con grandes dificultades, sobre todo tras la derrota de la flota francesa en la Batalla del Nilo el 1° de agosto de 1798 a manos del genial almirante inglés Horatio Nelson (1758-1805). El vice-almirante François Paul Brueys D'Aigalliers (1753-1798), a cargo de la flota francesa, falleció en el combate junto con 1.700 franceses. Otros 3.000 fueron hechos prisioneros, mientras los ingleses solo lamentaron algo más de doscientas vidas. Esta derrota significaba el aislamiento del ejército francés en Egipto, y la imposibilidad de conseguir un resultado global satisfactorio. Un año más tarde, el 25 de julio de 1799, Napoleón venció a los otomanos en la Batalla de Abukir, lo que le sirvió para hacerse más popular en París y para asegurar temporalmente el dominio francés de Egipto.

Mientras tanto, Austria e Inglaterra, junto con Rusia y Turquía, habían formado una nueva coalición contra Francia, y un ejército comandado por el general ruso Alexander Suvarov (1729-1800) había invadido Italia. Además, la situación interna de Francia era muy difícil: persistía una grave crisis financiera y económica, y se perfilaba la oposición realista.

Ante esta situación Napoleón debió confiar al general Jean Baptiste Kléber (1753-1800) el mando del ejército en Egipto y regresó a su patria el 23 de agosto de 1799.

En París, Bonaparte declaró depuesto al Directorio a través de un golpe de estado el 18 de Brumario según el calendario revolucionario (10 de noviembre) de 1799. El 15 de diciembre de ese año se promulgó la Constitución del Año VIII que derrumbaba definitivamente el régimen asambleario que había inspirado la fase revolucionaria y lo nombraba Primer Cónsul. Esto significaba que era jefe del gobierno, comandante en jefe del ejército, y tenía todas las potestades ejecutivas y legislativas. Ya tenía el camino allanado: Napoleón gobernó como Primer Cónsul desde 1799 hasta 1804, y como Emperador desde 1804 hasta finales de 1815. Pero esa es otra historia.

Volvamos a Egipto, para ver la campaña con más detalle. Esta campaña le planteó los más difíciles problemas sanitarios, ya que allí los médicos y ciru-

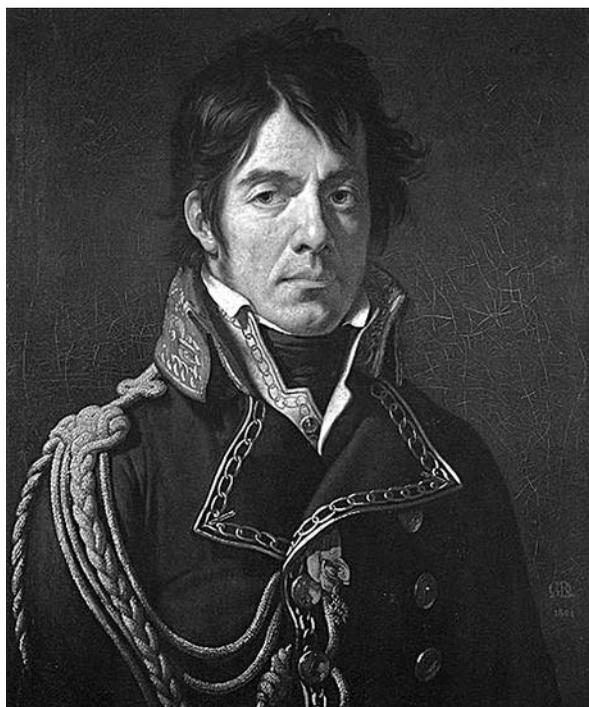
Correspondencia: Prof Dr Alfredo E Buzzi (H)
E-mail: alfredo.buzzi@diagnosticomedico.com

janos tenían que trabajar en un clima desconocido y bajo condiciones completamente nuevas.

El Jefe Cirujano era Dominique Jean Larrey (1766-1842), de quien Napoleón dijo en su testamento: "Es el hombre más virtuoso que he conocido" (Figura 1).

Fue un importante innovador. Creó el transporte por ambulancia e introdujo los principios de la sanidad militar moderna, realizando los primeros *triages* (selección y clasificación de los pacientes basándose en las prioridades de atención) en los campos de batalla. Su aporte a la literatura médica se concretó principalmente con los libros *Mémoires de chirurgie militaire*, en cuatro volúmenes, *Recueil de mémoires de chirurgie* y *Clinique chirurgicale*, resumen de casi cuarenta años de ejercicio de la cirugía militar. Su nombre es asociado a varios epónimos: enfermedad de Larrey (el tétanos), signo de Larrey (para la sacrocoxalgia), amputación de Larrey (con el área de corte a tres niveles: piel, músculo y hueso), operación de Larrey (un tipo de desarticulación del hombro), vía de Larrey (para pericardiocentesis), hernia de Larrey (otro nombre de la hernia diafragmática retrosternal). Conoció a Napoleón en Toulon en 1794, cuando Larrey fue destinado como Cirujano en Jefe al ejército encargado de recuperar Córcega, la cual estaba en manos de los ingleses, y Napoleón era un prometedor comandante de artillería. Siguió a Napoleón en todas sus

Figura 1. Dominique Larrey (Anne Louis Girodet Trioson, 1804).



campañas, desde la de Italia en 1797 hasta Waterloo en 1815, a lo largo de casi 18 años.

El Jefe Médico era René Nicolás Dufriche Desgenettes (1762-1837). Había nacido en Rouen (Figura 2). Estudió medicina en París con Philippe

Figura 2. René Nicolas Dufriche Desgenettes (por Antoine François Callet).



Jean Pelletan (1747-1829) y Félix Vicq-d'Azyr (1746-1794), y en Londres con John Hunter (1728-1793). Durante cuatro años hizo varios viajes de perfeccionamiento por Inglaterra e Italia. En 1789, el año de la Revolución, obtuvo su doctorado en la prestigiosa Universidad de Montpellier con una tesis acerca de los vasos linfáticos. Por consejo de su antiguo maestro Vicq-d'Azyr e impulsado por un deseo de servir a su patria se alistó como cirujano en el ejército en la frontera con Italia en febrero de 1793. Pronto se convirtió en uno de los cirujanos del ejército gracias a su energía y a su valor, y en marzo de 1793 fue adjunto al hospital de campaña del ejército en el Mediterráneo gracias a su conocimiento del italiano. Allí deslumbró a Napoleón, quien lo hizo Médico en Jefe de la Expedición a Egipto.

Larrey y Desgenettes formaban parte del "Consejo de Salud", la institución suprema de los oficiales de la salud, junto a otros destacados médicos, como Antoine Auguste Parmentier (1737-1813) y cirujanos como Pierre Francois Percy (1754-1825), y ya habían acompañado a Napoleón en la Campaña de Italia.

Un buque entero fue equipado con medicamentos, material de cura e instrumentos quirúrgicos, pero cayó en manos de los ingleses.

Después de la derrota naval de Abukir, Napoleón se hallaba aislado. Al no disponer de su flota no podía recibir suministros de la metrópoli. No obstante, su ejército estaba intacto y decidió seguir con sus planes de conquistar Palestina y Siria como paso pre-

vio en su camino hacia la India. Su primer objetivo era acabar cuanto antes con el gobernante otomano Djeddar Pacha (1720-1804), que estaba formando un ejército para reconquistar Egipto. Pero no iba a ser fácil. Atravesar el desierto del Sinaí para llegar a Siria supuso una difícil prueba que mermó la fuerza de sus hombres. La ciudad de El-Alrich fue tomada, pero tras diez días de combate.

La ciudad de Jaffa, en la costa Mediterránea, era el puerto más cercano a Damietta, en Egipto, por lo que Napoleón consideraba su conquista como un objetivo prioritario para traer desde allí los víveres, municiones, medicamentos y, lo más importante, la artillería pesada que necesitaba para continuar su campaña.

Actualmente Jaffa corresponde al Estado de Israel, situada inmediatamente al sur de Tel Aviv con la cual forma una misma entidad municipal. Se ubica en la llanura costera de Israel, bañada por el mar Mediterráneo, y es considerada uno de los puertos más antiguos del mundo.

Napoleón comenzó el asedio de la ciudad el 3 de marzo de 1799, pero encontró una fuerte resistencia de la guarnición otomana. Cuando ésta se rindió cinco días después, los franceses comprobaron que era la misma que dejaron libre en El-Alrich bajo promesa de no volver a tomar las armas. Por si fuera poco, se desató una epidemia que empezó a causar estragos entre la tropa francesa.

Napoleón tenía 13.000 soldados para apoderarse de las ciudades costeras de Jaffa, El Harish, Gaza y Haifa. El asalto de Jaffa fue particularmente brutal. Aunque los franceses se apoderaron de la ciudad tras unas pocas horas de combate, los soldados de la República asesinaron a bayonetazos a 2.000 turcos de la guarnición que trataban de rendirse. A continuación se ensañaron durante tres días con la población civil, robando y matando a hombres, mujeres y niños. La matanza culminó cuando Bonaparte ordenó la ejecución de 3.000 prisioneros turcos.

Con su ejército debilitado, e incapaz de tomar la fortaleza de Acre, Bonaparte se vio obligado a dejar Siria y volver a Egipto en mayo de 1799. El camino de vuelta a Egipto fue muy duro, por falta de agua y el continuo hostigamiento de las partidas árabes. Con objeto de acelerar su marcha, los prisioneros fueron ejecutados y los enfermos abandonados a una muerte segura. Napoleón llegó a El Cairo con 5.000 hombres menos. Sin posibilidad de recibir suministros y habiendo fracasado la campaña de Siria, se convenció de que llegar a la India era imposible. Es en este momento cuando decide volver a Francia.

Apenas llegaron a Egipto, Desgenettes y Larrey debieron atender las enfermedades que aparecieron en el ejército por el ardiente calor, el continuo acampe y la falta de agua potable, e instauraron rigurosas medidas de higiene (lavado del cuerpo y la ropa, desinfección, supervisión de la nutrición, etc).

Los numerosos casos de viruela, escorbuto, "fie-

bre de Damietta" (gripe aviar), conjuntivitis aguda y disentería que pudieron observar allí les dieron una mayor experiencia en medicina militar.

Las tropas fueron afectadas de una importante inflamación en los ojos, hecho que ya había ocurrido en las tropas europeas en ese territorio durante la Octava Cruzada, encabezada por el rey de Francia Luis IX (San Luis) en el año 1270, a causa de la cual muchos habían regresado ciegos a Europa. Esta vez sólo perdieron la vista los que se pusieron en manos de charlatanes indígenas. Larrey y Desgenettes consideraban como causa la fuerte reflexión de la luz solar por la arena blanca y la irritación mecánica de la arena arrastrada por el viento, así como por los bruscos cambios de temperatura entre el día y la noche. Aplicaban remedios antiflogísticos, sanguijuelas y sangrías, pomadas e incisiones en los párpados.

Entre los heridos se presentaba con gran frecuencia el tétanos, que Larrey trataba con la amputación inmediata de miembro herido. Cuando aparecía trismus intentaba la alimentación por medio de una sonda nasogástrica y empleaba el opio.

Durante la expedición a Siria debieron enfrentar una epidemia de plaga bubónica (motivo del cuadro sobre el que trata este artículo), una enfermedad contagiosa causada por la *Yersinia pestis* que ya existía en la zona antes de la llegada de los franceses, quienes no estaban inmunizados contra ella. Así, los soldados que habían conseguido amenazar el poder del Imperio Otomano comenzaron "a caer como moscas" por la acción del pequeño bacilo.

Para sostener la moral de la tropa Larrey y Desgenettes aceptaron negar la existencia de la enfermedad y prohibieron la mención de su nombre. Pero se daban cuenta de los peligros del contagio y dieron instrucciones precisas a médicos y cirujanos para su comportamiento y protección, exigiéndoles limpieza extrema.

A medida que pasaban los días iban apareciendo en los enfermos los bubones (ganglios linfáticos inflamados por la infección) particularmente visibles en las regiones inguinales, las axilas y el cuello. Esta era ya la señal de muerte inminente. Muchos decidieron suicidarse.

Napoleón estaba muy preocupado porque la plaga no estaba focalizada, como había ocurrido en los campamentos de Rosetta o Alejandría, sino que afectaba a todo el ejército, poniendo en peligro la concreción de la campaña de Egipto. Lo primero que decidió fue elevar la moral, ya que según él mismo dijo, "todos aquellos cuyos pensamientos fueron vencidos por el miedo murieron de la enfermedad; la protección más segura era el coraje."

Para demostrar que él no temía a la peste, Bonaparte se presentó en el hospital de campaña donde estaban los apestados. René Desgenettes estuvo presente cuando Napoleón visitó a los enfermos. Milagrosamente, Napoleón no contrajo la peste, si bien muchos oficiales que lo acompañaron mu-

rieron a los pocos días de visitar el hospital de campaña. Y los soldados seguían muriendo.

Después de escribir al Directorio que la enfermedad le impedía alcanzar sus objetivos, Napoleón sugirió a Desgenettes que suministrara una sobredosis de láudano (morfina) a los enfermos para acabar con la amenaza. Desgenettes se negó, aduciendo que su deber era preservar la vida. Napoleón le corrigió: su deber era preservar el ejército y acatar sus órdenes. Así, Bonaparte ordenó que los sobrevivientes de Jaffa fueran envenenados, tarea que fue adjudicada al jefe boticario Royer. No se tiene noticia de que ningún soldado muriera del veneno y, además, muchos de ellos dijeron que habían sobrevivido al láudano y a la peste.

El mismo Desgenettes bebió un día del vaso de un apestado para demostrar que la plaga no se contagiaba a través de la saliva, lo que fue visto como un acto de valentía. Recién en 1894 el médico suizo Alexandre Yersin (1863-1943) descubrió el bacilo responsable de la peste bubónica, que en su honor se llama *Yersinia pestis*, y en 1897 el médico francés Paul Louis Simond (1858-1947) demostró el modo de contagio a través de la pulga de la rata, llamada *Xenopsylla cheopis*.

Unos dos mil soldados murieron por la peste, siendo ésta la causa que argumentó Napoleón a su vuelta a París para justificar el fracaso de la campaña militar.

René Nicolas Desgenettes publicó en 1802 el libro *Histoire Médicale de l'Armée d'Orient* ("Historia Médica del Ejército de Oriente"), que causó gran sensación. Por sus servicios se lo nombró médico del Hospital de Val-de-Grâce y se le otorgó la Cátedra de Higiene en la Facultad de Medicina de la Universidad de París. Fue hecho Miembro de la Legión de Honor e Inspector General del Servicio de Salud del Ejército. En 1807 fue nombrado Médico Jefe del Ejército Grande (*le Grande Armée*), y en este rol asistió a las batallas de Eylau (1807), Friedland (1807) y Wagram (1809). Fue hecho Caballero del Imperio Francés en 1809 y Barón en 1810. Formó parte de la Campaña de Rusia, donde organizó el cuidado de los oficiales. Fue tomado prisionero, pero liberado por el Zar Alejandro III cuando se enteró de los cuidados que había prodigado a los soldados rusos. Más tarde fue nombrado Jefe Médico de la Guardia Imperial, y participó en la Batalla de Waterloo. Luego de la Restauración fue confirmado por Luis XVIII en sus cargos en el Hospital de Val-de-Grâce y en la Facultad de Medicina de París. En 1820 fue nombrado miembro de la Real Academia de Medicina, en 1830 miembro de la Academia de Ciencias, y en 1832 Jefe Médico de *Les Invalides* (donde se encuentra la tumba de Napoleón). Allí murió el 3 de febrero de 1837 de un accidente cerebro-vascular. Está enterrado en el cementerio de Montparnasse en París y su nombre figura en el pilar Sur del Arco del Triunfo.

Napoleón encargó la obra que motiva este artículo al pintor Antoine Jean Gros (1771-1835), quien

se había declarado admirador a ultranza del general, y que lo seguía en todas sus campañas militares (Figura 3). El objetivo de este encargo era sofocar los rumores luego de que Napoleón ordenara envenenar (sin éxito) a las víctimas de la peste durante su histórica retirada de la expedición a Siria, y poner de relieve el valor de Bonaparte que, para calmar la ansiedad de sus tropas contra los estragos de la peste, se había expuesto al contagio visitando a los soldados enfermos en el hospital de campaña de Jaffa.

Figura 3. Antoine Jean Gros a los 20 años (François Gerard, 1791).



Antoine Gros era hijo de un conocido pintor de miniaturas que le empezó a enseñar a dibujar a la edad de seis años, época en la que ya mostraba dotes de un gran maestro. En 1785 ingresó a pintar en el estudio del pintor neoclásico Jacques Louis David (1748-1825).

La muerte de su padre, en extrañas circunstancias durante la Revolución Francesa, obligó a Gros desde 1791 a mantenerse por sus propios recursos mediante la pintura. A partir de ese instante su única profesión fue la pintura. Empezó a trabajar gracias a una recomendación de la Escuela de Bellas Artes de París, siendo empleado en la ejecución de retratos de los miembros de la Convención, hasta que fue interrumpido en esta tarea por los sucesos revolucionarios. En 1793 abandonó Francia y se trasladó a Italia, logrando establecerse en Génova, donde conoció a Josefina de Beauharnais. La siguió has-

ta la ciudad de Milán, donde conoció a su esposa, Napoleón Bonaparte.

El 15 de noviembre de 1796 Gros se presentó (gracias a su colega David) ante el ejército francés cerca de Arcola, justo en el instante en el que Bonaparte colocó la bandera sobre el puente. Gros resultó impresionado por este incidente y encontró lo que sería a partir de entonces su dedicación. Pintó un famoso cuadro que inmortaliza esta escena.

En el año 1799 logró escapar del asedio de la ciudad de Génova y se dirigió hacia París. Su boceto sobre la Batalla de Nazareth ganó el premio ofrecido en 1802 por los cónsules, pero lo rechazó. Por esta época dedicó sus esfuerzos a retratar el lado amargo de la victoria y es entonces cuando pintó "Bonaparte visitando a los apestados de Jaffa" (*Bonaparte visitant les pestiférés de Jaffa*). Este cuadro de grandes dimensiones (5,23 metros por 7,15 metros) se encuentra en el Museo del Louvre (Figura 4).

La escena, que ocurrió en marzo de 1799, está situada en una mezquita convertida en hospital de campaña, cuyo patio y minarete se ven en el fondo. Más atrás están los muros de Jaffa, con una torre sobre la cual flamea una bandera francesa de gran tamaño. El humo, de incendios o de los cañones, domina la ciudad (Figura 5).

Figura 5. Detalle de "Bonaparte visitando a los apestados de Jaffa" (Antoine Jean Gros, 1804).



A la izquierda se observa una decoración típicamente árabe. Hay un hombre rico vestido con ropas orientales que ofrece pan a unas manos extendidas. Detrás de él hay un sirviente con una canasta llena de pan. Detrás de ellos, dos hombres negros llevan una camilla, sobre la cual, aparte, hay un cadáver (Figura 6). La arcada de dos colores se abre a una galería llena de enfermos.

A la derecha, bajo dos arcos ojivales, está Napoleón acompañado por sus oficiales extendiendo su mano para tocar los bubones de la axila que le ofrece uno de los enfermos (Figura 7). Más a la derecha, un médico árabe (de rodillas) cuida a otros

Figura 4. "Bonaparte visitando a los apestados de Jaffa" (Antoine Jean Gros, 1804).

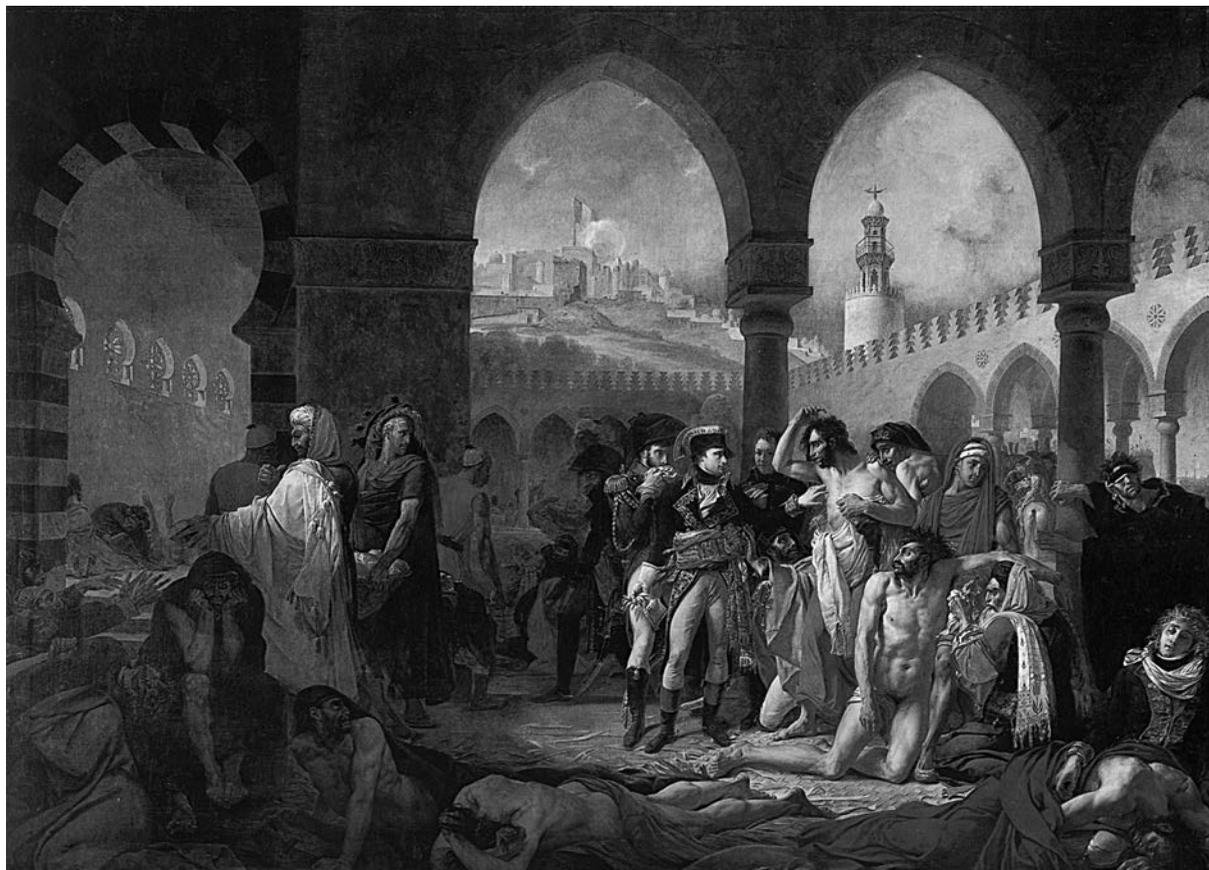


Figura 6. Detalle de “Bonaparte visitando a los apestados de Jaffa” (Antoine Jean Gros, 1804).



Figura 7. Detalle de “Bonaparte visitando a los apestados de Jaffa” (Antoine Jean Gros, 1804)



enfermos, mientras un ciego trata de llegar al General (Figura 8). Los problemas oculares fueron muy numerosos e importantes durante la campaña de Egipto.

La parte inferior del cuadro está ocupada por hombres postrados.

La luz de la pintura y el juego de colores colocan al gesto de Bonaparte en la mejor situación posible.

El gesto de Napoleón tiene un grado de valentía supremo para la época. No hace falta más que observar al Mariscal Jean Baptiste Bessieres (1768-1813) que está detrás de él, a la derecha: se cubre la boca y la nariz con un pañuelo para evitar contagiarse, y tiene el aspecto de estar muy temeroso (Figura 7). Es una venganza del artista Gros contra el que alguna vez fue su amigo al respecto cabe aclarar que en cuanto fue nombrado Mariscal, Bessieres desco-

Figura 8. Detalle de “Bonaparte visitando a los apestados de Jaffa” (Antoine Jean Gros, 1804).



noció a Gros. Consultado sobre el hecho y su venganza, el pintor confesó: “Para defenderse de un insulto el portero tiene sus puños, el oficial tiene su espada, el escritor tiene su pluma, y el pintor tiene su pincel.”

Detrás de Bessieres está el Mariscal Hector Daure (1774-1846), de perfil, entonces Director del Hospital de Campaña, que sigilosamente sale de la escena (Figura 7).

La verdad es que tocar los bubones con la mano desnuda (Napoleón se sacó el guante) no es particularmente peligroso, pero en aquella época la experiencia indicaba que el contacto con los apestados era suficiente para el contagio (faltaban 90 años para que se descubriera la verdadera etiología y la forma de contagio de la peste bubónica). De todas formas, la acción del oficial no es totalmente injustificada: en algunos casos la peste bubónica puede evolucionar hacia una forma pulmonar, con un riesgo muy elevado de contagio a través de los microbios emitidos por la tos de los pacientes. Detrás de Napoleón, y a la izquierda, está el médico René Desgenettes, mirándonos fijamente (Figura 7). Si bien intenta detener con su mano el brazo del General, no hace ningún gesto para protegerse del contagio (recordar el episodio en el que bebió del vaso de un apestado). Delante de él hay un soldado arrodillado que también intenta detener al General (Figura 7).

Por otra parte, el gesto de Napoleón evoca la tradición taumatúrgica de la imposición de manos de los reyes (que estaban ungidos por Dios), como acción curadora de las escrófulas tuberculosas, inaugurada en Francia por Roberto II El Piadoso (972-1031) y en Inglaterra por Enrique I (1068-1135), lo cual lo eleva a una condición de dios.

Los esfuerzos médicos para detener la plaga no

habían cambiado mucho desde la Edad Media, como se observa más a la derecha: el médico árabe arrodillado hace una incisión en los bubones para dejar salir el flujo de pus, lo que en realidad es ineficiente en términos de tratamiento de la enfermedad e incluso debilita más al paciente. Ya ha operado en un bubón bajo el brazo derecho de su paciente, que tiene una compresa ensangrentada bajo la axila. Un asistente del médico, con túnica roja, apoya al paciente durante la operación (Figura 8).

En primer plano, abajo a la derecha, un enfermo agoniza sobre las rodillas del joven cirujano Masplet, amigo de Gros, que también está enfermo y que finalmente murió en Jaffa (Figura 8).

Gros terminó la pintura en menos de seis meses, trabajando solo en su estudio en Versalles. Nadie lo ayudó, a pesar del reumatismo que lo limitaba.

El fuerte claroscuro aporta un sentido naturalista en la línea de Rubens. También en los dos personajes semidesnudos de la parte central se adivina la inspiración del autor en modelos de Rubens y Van Dyck. Los ricos colores venecianos que llenan el cuadro, en la túnica de los árabes y de los turcos, y en los uniformes de los oficiales, reflejan los estudios del artista en Italia.

El siglo XIX está poblado de diferentes tendencias. El Neoclasicismo y el Romanticismo, movimientos tan diferentes, coinciden. Uno de ellos era aristocrático, napoleónico, enfocado a la época clásica. El Romanticismo, por su parte, era de bohemios, que daban importancia al color y a la ruina. Esta pintura es de estilo Neoclasicista, una estética que se caracteriza por encarnar los ideales de la Ilustración buscando cierto regreso a la antigüedad clásica. Es un estilo surgido de la sociedad aristocrática, pero que logra su mejor encarnación en la Revolución Francesa. Se convierte, primero, en el arte de la revolución, y luego del Imperio Napoleónico.

Pero no todo en la obra es neoclasicismo. Esta pintura marcó un punto de inflexión en la carrera de Gros. Anteriormente, pintaba siguiendo el estilo del clasicismo austero de su maestro David. Pero a partir de este cuadro se separó de esa escuela para convertirse en el precursor de la escuela romántica francesa. Aquí el idealismo y el clasicismo dejan lugar a un cierto romanticismo: los cuerpos están enfermos, languideciendo, y el héroe es menos heroico por estar rodeado de gente común. Respecto de esto último, en el clasicismo sólo eran motivos pictóricos las muertes nobles. En este caso se representa el sufrimiento mismo. La intención del pintor es destacar las virtudes de Napoleón, pero lo hace de una manera muy emotiva, jugando con la luz y las formas de los cuerpos, con ciertas características que también se salen de lo puramente neoclasicista, y se acercan al romanticismo. Además, el suceso es descrito en términos retóricos y con un lujo de detalles anecdóticos que integran la obra en la línea del romanticismo. Se trata de una época en la que im-

peró la propagación de los sentimientos por encima de cualquier otra circunstancia. Si la revolución había proclamado la libertad política, el Romanticismo proclamó, a su vez, la del artista, a fin de que éste pudiese expresar sus emociones sin limitación alguna, y su emancipación respecto a las academias, admitiéndose la espontaneidad, el individualismo y el sentimiento como valores supremos del arte romántico para dar autenticidad a su obra.

Incluso, debe recordarse que en el romanticismo puro se ponen los ojos en la Edad Media (representada acá por el acto taumatúrgico de la imposición de manos) y en el orientalismo.

Una cuestión que generó un largo debate acerca de la interpretación de la pintura es el significado del número "32" en el sombrero de uno de los pacientes. Teniendo en cuenta que Gros, el artista, tenía 32 años en el momento de la composición, ese tímido soldado, desnudo, podría ser en realidad un autorretrato escondido.

En 1806 Antoine Gros pintó "La Batalla de Aboukir", que se encuentra en el Palacio de Versalles, y en 1808 "La Batalla de Eylau", que se encuentra en el Louvre. Estos cuadros, junto con el de los apestados de Jaffa, lo lanzaron a la fama internacional.

Gros alternó su vida militar con su trabajo como artista, reforzando la expresividad y la energía de sus cuadros. En este período pudo influir sobre pintores como Théodore Géricault y Eugène Delacroix. En 1810 sus dos cuadros "Madrid" y "Napoleón en las Pirámides" mostraban ya los inicios de la decadencia de su arte. La despectiva crítica recibida al presentar sus últimas obras y los problemas conyugales le llevaron a suicidarse, ahogándose en el Sena el 26 de junio de 1835.

Bibliografía

- Asprey RB. The Rise Of Napoleon Bonaparte. Basic Books, 2000.
- Bastida de la Calle MD. Pintura de Historia y Estampa de Actualidad: La escena de tema bélico. Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, Historia del Arte, t 6, 1993, págs 471-490.
- Chevalier AG. Los problemas de sanidad en los ejércitos de Napoleón. Actas Ciba 1941;5:127-134.
- Cronin V. Napoleón. Harper Collins Publishers Limited, 2009.
- Hibbott Y. "Bonaparte Visiting the Plague-stricken at Jaffa" by Antoine Jean Gros (1771-1835). British Medical Journal 1969;1:501-502.
- Johnson P. Napoleon. Basic Books, 2000.
- López Piñero JM, Balaguer E, Ballester R. La cirugía en el romanticismo. En: Laín P (dir), Historia Universal de la Medicina. Barcelona, Salvat, vol 5, p 295-301, 1973.
- Lyons AS, Petrucelli RJ. Medicine: An Illustrated History. Rawls W (Ed), New York, Harry N Abrams, Inc, 1978.